

## Presentación

**La oración del Señor.** Según los evangelios, Jesús rezó varias veces, pero no enseñó más que una sola oración a sus discípulos. Ésta fue transmitida de forma algo diferente por los relatos de Mateo y de Lucas. La exégesis contemporánea está legítimamente interesada por las diferencias entre estas dos recensiones. Pero como la versión de Mateo se acerca más al texto del Padrenuestro conservado por la liturgia, resulta aquí más privilegiada. Por otra parte, es esa versión la que comentan más frecuentemente los Padres de la Iglesia. Por eso, los diversos trabajos de la presente obra siguen la estructura del Padrenuestro: en primer lugar, a quién se dirige; después las tres primeras peticiones que tienen a Dios como objeto y, finalmente, las tres últimas, que afectan a la existencia concreta. Las peticiones que tienen que ver con el pan «supersustancial» y la caída en tentación son ciertamente lugares de paso obligados.

Como muestra la exégesis actual, la oración del Señor nos permite, al dirigirnos al Padre, conocer mejor quién es; en el mismo movimiento también dice algo del hombre según Dios. Sin descuidar esta dimensión propiamente teológica, los Padres de la Iglesia privilegiaron frecuentemente la dimensión moral de la que llaman a menudo «oración dominical». Después, los exegetas medievales consideraron ante todo el Padrenuestro desde el punto de vista del hombre, y extrajeron de ahí lecciones para una moral práctica.

Antes de hacer un recorrido por los autores cristianos, las iluminaciones rabínicas que se ofrecen muestran de qué manera la oración del Señor está arraigada en la Escritura y el judaísmo del siglo I.

Hugues COUSIN

# La oración del Padrenuestro en los evangelios

**A**l abrir el presente *Documento*, este primer trabajo quiere ayudar a que el lector redescubra el Padrenuestro, tal como figura en las dos versiones que nos ofrecen los evangelios, porque es, según palabras de Tertuliano, «el resumen de todo el evangelio».

Los estudios sobre el Padrenuestro son numerosos, a veces contradictorios, y no pretendemos ni exponerlos ni exponer su síntesis. Simplemente hemos tratado de trazar nuestro propio sendero en el enjambre de hipótesis e interpretaciones, adoptando resueltamente opciones para la exégesis de conjunto del Padrenuestro y para cada petición, incluso a veces para cada palabra, frecuente-

mente sin poder justificarlas. Sin descuidar la versión lucana del Padrenuestro (Lc 11,2b-4), privilegiaremos no obstante el comentario de la recensión mateana (Mt 6,9b-13), en la medida en que ésta es la más cercana al texto conservado por la liturgia. Sobre este fondo neotestamentario podremos valorar las diversas interpretaciones del texto a lo largo de los siglos.

## Los dos contextos evangélicos

**En Mateo.** «Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). A esta exhortación que cierra la segunda sección del Sermón de la montaña le sigue inmediatamente otra invitación, que inaugura una tercera sección (6,1-18): «Guardaos de practicar vuestra justicia ante los hombres para que os vean, de lo contrario no habrá recompensa de vuestro Padre que está en los cielos». La relación entre las dos secciones queda asegurada por la palabra «Padre»; en 6,1-18, Dios es designado como Padre en ocho ocasiones, y este título se encuentra en su núcleo (Padrenuestro). La cuestión implícita es la siguiente: ¿cómo practicar la justicia, es decir, la justa actitud que hay que

adoptar frente a Dios? Para responder a ello, Jesús va a tomar como ejemplos tres buenas obras clásicas: la limosna, la oración y el ayuno. A veces se ha pretendido que las obras que aquí se nombran importaban menos que el espíritu con el que debían ser hechas. Sin embargo, hay que observar que abarcan la totalidad del campo humano. La limosna expresa el sentido de la relación con los otros (etimológicamente, el término *eleemosyne* tiene que ver con la misericordia o la piedad); la oración, el de la relación con Dios, y el ayuno, el sentido de la relación con nosotros mismos.

El texto se encuentra estructurado así:

6,2: «Cuando des limosna...»

6,5: «Y cuando recéis...»

6,16: «Cuando ayunéis...»

En cada ocasión se trata de no imitar a los *hipócritas* (6,2.5.16), a los que les gusta que les vean los hombres. De ahí los tres consejos positivos que se dan:

6,3: «Tú, cuando des limosna...»

6,6: «Cuando reces...»

6,17: «Cuando ayunes...»

Éste es el secreto que se requiere en cada ocasión: el Padre ve «en lo secreto» (6,4.6.18), y eso basta. La única recompensa que vale la pena sólo puede venir de Dios.

Aunque las tres partes están literariamente bien estructuradas (6,2-4; 5-15; 16-18), la que constituye su centro está sobrecargada con el conjunto 6,7-15, él mismo compuesto por tres series de palabras: 7-8 («No habléis mucho, como los paganos...»); 9-13 («Vosotros rezad así: Padre nuestro...»); 14-15 («Si perdonáis...»).

«Vosotros, cuando recéis, no habléis mucho, como los paganos...» (6,7-8). Estos dos versículos parecen paralelos a los versículos 5-6: el comportamiento de los paganos correspondería al de los hipócritas. Pero la continuación es estructuralmente distinta y la idea de ostentación está ausente de ella. Por otra parte, existe una cierta contradicción entre los vv. 7-8 y el Padrenuestro: si Dios sabe lo que necesitamos, ¿por qué dirigirle peticiones particulares? ¿Y por qué añadir una fórmula de oración, aunque sea concisa, si no debo «hablar mucho» (único empleo de la palabra griega en el Nuevo Testamento)? La ausencia de simetría entre 5-6 y 7-8, así como la tensión entre los vv. 7-8 y el Padrenuestro, muestran que los versículos 5-7; 9-13 y 14-15 constituyen materiales primitivamente independientes. Al añadir los vv. 14-15, Mateo desarrolla un punto del Padrenuestro (6,12): debemos perdonarnos

unos a otros si queremos obtener el perdón de Dios. Esta insistencia ocupa su lugar en el Sermón de la montaña: puesto que se ha establecido la relación entre el amor a los enemigos, por una parte, y, por otra, la filiación divina (5,44-45), no se puede dejar de recordar después del Padrenuestro que esta filiación divina exige el perdón de las ofensas concedido a todos.

Así pues, el Sermón de la montaña (5,1-7,29) tiene como centro el discurso sobre la manera de practicar la justicia (6,1-18); es decir, de hacer la voluntad de Dios, y la invitación a buscar primero el Reino de Dios y su justicia (6,19-34). El propio discurso tiene como centro la enseñanza sobre la oración (6,5-15). Y en el centro de la enseñanza sobre la oración está el Padrenuestro. Esto significa que constituye una de las claves de interpretación del Sermón de la montaña.

«Vosotros rezad así...»: al introducir de esta manera la oración, Mateo manifiesta que la iniciativa de la enseñanza del Padrenuestro le corresponde únicamente a Jesús.

**En Lucas.** Lucas transmite una versión del Padrenuestro algo diferente a la de Mateo. Igual que en Mateo, el Padrenuestro encuentra su lugar en Lucas en una secuencia sobre la oración (Lc 11,1-13), pero desarrollada en circunstancias diferentes. La perspectiva ya no es didáctica, sino geográfica, y, por tanto, teológica: Jesús enseña el Padrenuestro al comienzo de la larga subida a Jerusalén (Lc 9,51-19,46), precisamente después de su visita a casa de Marta y María (10,38-42). «Y sucedió que estaba apartado orando» (11,1): es la ocasión para introducir la petición de uno de sus discípulos: «Señor, enséñanos a orar, como Juan Bautista ha enseñado a sus discípulos». A continuación viene la enseñanza del Padrenuestro (11,2-4). Después, Lucas insiste en la perseverancia en la oración: «Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá» (11,9). Esta triple llamada viene precedida por la parábola del amigo

inoportuno, que llega inopinadamente para pedir pan (11,5-8), y es seguida por la comparación con el padre que da cosas buenas a sus hijos: ¿qué no será con el Padre celestial, que sabe «dar el Espíritu Santo a los que se lo piden» (11,13)? Observemos, por otra parte, que algunos testigos del texto lucano reemplazan la petición a propósito del Reino (o a propósito del Nombre) por ésta: «Que tu Espíritu Santo venga sobre nosotros y nos purifique».

Así pues, lo mismo que Mateo hace seguir al Padrenuestro por la instrucción sobre el perdón (Mt 6,14-15), para dar más fuerza a la petición del perdón de las ofensas (Mt 6,12), así Lucas introduce a continuación del Padrenuestro una parábola sobre el pan (Lc 11,5-8), para reforzar la petición a propósito del pan (Lc 11,3). Por tanto, gracias al examen del contexto aparecen ya las diferencias de acento entre las dos versiones de la oración.

## 1 Las dos versiones del Padrenuestro

### Mateo 6

- <sup>9</sup> Padre nuestro (que estás) en los cielos,  
santificado sea tu Nombre,  
<sup>10</sup> venga tu Reino,  
 hágase tu voluntad  
 como en el cielo (así) también en (la) tierra.
- <sup>11</sup> Nuestro pan de cada día  
dános(lo) hoy.
- <sup>12</sup> Y perdónanos nuestras deudas  
 como también nosotros *hemos perdonado*  
*a nuestros deudores.*
- <sup>13</sup> Y no nos llesves a (la) tentación,  
 sino líbranos del Maligno.

Veintiséis palabras griegas son comunes a los dos textos: Mateo cuenta con cincuenta y siete, y Lucas con treinta y ocho. Las palabras subrayadas son estrictamente semejantes, mientras que las que están en cursiva son de la misma raíz. Los términos entre paréntesis están añadidos en la traducción española.

Generalmente se admite que el texto de Lucas, porque es más breve, se corresponde más con la forma original del texto. En efecto, sería difícil imaginar que se hubiera

### Lucas 11

- <sup>2</sup> Padre,  
santificado sea tu Nombre,  
venga tu Reino.
- <sup>3</sup> Nuestro pan de cada día  
dános(lo) cada día.
- <sup>4</sup> Y perdónanos nuestros pecados  
 y en efecto nosotros mismos *perdonamos*  
 a todo (hombre que) *nos debe.*  
Y no nos llesves a (la) tentación.

podido abreviar la oración del Señor. Por contra, es probable que el texto contara con añadidos en función de su empleo litúrgico. El texto de Mateo está extraordinariamente bien estructurado: se percibe ya en la traducción española, pero más aún en el texto griego. Por el contrario, con relación a las palabras comunes a ambos textos, Mateo –conforme a la opinión más ampliamente defendida– ha conservado mejor el vocabulario primitivo. Examinemos desde este punto de vista los principales términos.

«**Padre nuestro (que estás) en los cielos // Padre**»: generalmente se admite que Lucas ha conservado la invocación original: Padre (*Abbá*, término arameo que no se lee más que en Mc 14,36; Rom 8,15; Gál 4,6), mientras que la comunidad judeocristiana de Mateo lo ha adaptado al modo judío de dirigirse a Dios («Padre en los cielos»). Sin embargo, es posible defender el razonamiento inverso: es Lucas quien habría simplificado para sus lectores helenocristianos una fórmula judía difícilmente comprensible por ellos. Por nuestra parte, seguimos la primera hipótesis: la expresión «Padre en los cielos» o «Padre celestial» es habitual en la pluma de Mateo. La versión del Padrenuestro que nos ofrece probablemente está influida por su utilización litúrgica en las comunidades judeocristianas.

«**Nuestro pan de cada día, dános(lo) hoy // dános(lo) cada día**»: Lucas emplea el imperativo presente, que marca la continuidad o la repetición. Se podría traducir: «Continúa dándonoslo». Prosigue entonces conforme a la misma lógica: «Continúa dándonoslo cada día». Lucas parece adaptar bien la petición a la nueva percepción que se tiene del tiempo: la perspectiva de la escatología se aleja y nos instalamos en la historia. Al emplear un impe-

rativo aoristo, que marca la puntualidad, Mateo está sin duda más próximo a la fuente común de Mateo y Lucas.

«**Y perdónanos nuestras deudas // pecados**»: Lucas prosigue con el perdón de los pecados a todo (hombre que) «nos debe». Podemos suponer que la metáfora de la deuda es más arcaica.

«Como también nosotros *hemos perdonado a nuestros deudores //* y en efecto nosotros mismos *perdonamos a todo (hombre que) nos debe*»: Mateo utiliza el verbo «perdonar» en pasado (perfecto griego), mientras que Lucas lo emplea en presente para expresar la continuidad o la repetición: perdonamos siempre de nuevo. Por otra parte, mientras Mateo compara (como también nosotros «hemos perdonado»), Lucas motiva: en efecto nosotros «perdonamos». Mateo emplea el término «deudores», mientras la fórmula lucana universaliza: a todo (hombre que) «nos debe». Esta generalización, así como la insistencia en «nosotros», abogan en favor de un estadio más reflexivo y naturalmente actualizador, de modo que Lucas ya ha sustituido el término «deudas» por la palabra «pecado». Así pues, Mateo parece más próximo a un estadio antiguo del texto.

## El Padrenuestro en la fuente Q

Habida cuenta de las observaciones hechas, podemos reconstruir así el texto fuente de donde proceden las dos versiones del Padrenuestro:

Padre,  
santificado sea tu Nombre,  
venga tu Reino.  
Nuestro pan de cada día  
dános(lo) hoy.  
Y perdónanos nuestras deudas

como también nosotros *hemos perdonado a nuestros deudores.*

Y no nos llesves a (la) tentación.

Aunque es relativamente fácil estar de acuerdo en el tenor del Padrenuestro en la fuente Q (*die Quelle* en alemán; la sigla designa los materiales literarios comunes a Mt y Lc), la cuestión de la lengua original, por el contrario, permanece sujeta a debates. Los giros gramaticales abogan sin duda en favor de un original semítico (en particular las «pasi-

vas divinas», cf. p. 11). Pero ¿en qué lengua? ¿Hebreo o arameo? J. Carmignac se constituyó en su tiempo en defensor de la tesis según la cual Jesús habría enseñado el Padrenuestro a sus discípulos en hebreo, que en aquella época era la lengua santa, pero conocida sólo por los letrados. Más generalmente hoy se admite que Jesús enseñó el Padrenuestro en arameo, la lengua hablada en el siglo I en Palestina. Desde un punto de vista estrictamente metodológico, la reconstrucción del Padrenuestro en la fuente Q, ya sea en hebreo o en arameo, no implica necesariamente que se remonte en ese estado a Jesús de Nazaret. La mayor parte de los comentaristas admiten, sin embargo, que

la originalidad y la concisión de la oración hacen que se la pueda considerar como procedente del propio Jesús.

Las diferencias entre las dos versiones que nos ofrece el Nuevo Testamento no se deben a los últimos redactores (Mt y Lc). Son más bien el reflejo de dos maneras en que el Padrenuestro era utilizado en las primeras comunidades cristianas.

Una vez que hemos precisado estos extremos, ofrecemos una estructura y un comentario del Padrenuestro según Mateo, en la medida en que el texto conservado por la liturgia está más cerca de Mateo que de Lucas.

### Jesús y la forma más antigua del Padrenuestro

En una monumental obra en cuatro volúmenes sobre el Jesús de la historia, el exegeta católico norteamericano John P. Meier dedica muchas páginas al Padrenuestro. En la traducción española (*Un judío marginal*, Verbo Divino, Estrella), se encontrará este estudio en las pp. 356-359 (notas en las páginas 431-434) del tomo II/1.

«Si omitimos lo que Mateo o su tradición litúrgica añadieron, pero conservamos su formulación más la-

cónica y semítica, común a ambas versiones, el resultado es:

(Invocación)	Padre,
	I. Peticiones "tú"
(1ª petición)	santificado sea tu nombre;
(2ª petición)	venga tu reino;
	II. Peticiones "nosotros"
(1ª petición)	nuestro pan de cada día dánoslo hoy;
(2ª petición)	y perdónanos nuestras deudas
	como nosotros perdonamos a nuestros deudores.
(3ª petición)	Y no nos llesves a la prueba.

Varios expertos han intentado efectuar una retroversión de esta forma primitiva al arameo. Naturalmente, como no se sabe qué tipo exacto de arameo hablaba Jesús,

esos especialistas difieren en los detalles. Joseph A. Fitzmyer propone como forma original hipotética la siguiente:

(Invocación)	"abba"
	I. Peticiones "tú"
(1ª petición)	<i>yitqaddash shemak,</i>
(2ª petición)	<i>te'teh malkutak,</i>
	II. Peticiones "nosotros"
(1ª petición)	<i>lajmana' di misteya' hab</i>
	<i>lanah yoma' denah,</i>
(2ª petición)	<i>ushebuq lanah jobayna'</i>
	<i>kedî shebaqna' lejayabayna',</i>
(3ª petición)	<i>we'al ta'elinnana' lenisyon.</i>

La estructura es densa y lacónica, especialmente idónea para la memorización [...]

Varias consideraciones llevan a pensar que, en efecto, la oración tiene su origen en el Jesús histórico. Pese a las dudas de algunos autores recientes, es probable que Jeremías estuviese en lo cierto al sostener que el lacónico, casi desconcertante "Padre" (πάτερ) refleja seguramente la peculiar utilización por Jesús de la invocación "abba" ("Padre mío querido") para dirigirse a Dios. Las peticiones, sorprendentemente directas y concisas, tratan de reproducir la actitud sencilla y confiada de un hijo que depende de un padre amoroso y omnipotente. Aparte de "abba", hay en el padrenuestro otro uso notablemente peculiar, que parece situar el origen de esta oración en la enseñanza de Jesús. La vinculación del reino de Dios con el verbo "venir" en una petición (o incluso en una afirmación directa) es inexistente en el AT, en el judaísmo antiguo anterior a Jesús y en el NT, a excepción de los dichos de Jesús recogidos en los sinópticos. Por otro lado, esa excepción concuerda perfectamente con un Jesús que de modo consciente y deliberado decidió situar el símbolo del reino de Dios en el centro de su mensaje, cuando tal centralidad no se daba en el AT ni en la literatura judía antigua.

Similarmente, aunque la santificación del nombre de Dios tiene [...] raíces en el AT, no es un concepto clave en el NT ni parece haber sido creado por la Iglesia primitiva.

A mi entender, uno de los indicios más claros de que el padrenuestro procede de Jesús es el hecho de que, pese a todas sus diferencias, las tradiciones mateana y lucana coinciden en presentar a Jesús pronunciando esa oración y recomendándola a sus discípulos. Aunque no lo parezca a primera vista, esto es extraño e insólito dentro del NT. En los escritos neotestamentarios abundan las oraciones, los himnos y las declaraciones confesionales, que, en algunos casos, parecen remontarse a los primeros tiempos de la Iglesia; sin embargo, en ningún otro lugar del NT –dentro o fuera de los evangelios– se dice de ningún himno u oración que sus palabras fueron enseñadas por el mismo Jesús a sus discípulos durante el ministerio público. Tenemos aquí, pues, un curioso ejemplo del criterio de discontinuidad. La Iglesia primitiva no solía atribuir a Jesús de Nazaret las exactas palabras de sus oraciones e himnos; el padrenuestro constituye la única excepción. Si a esto se añaden las consideraciones filológicas y de contenido ya enumeradas, creo que hay razón más que suficiente para juzgar auténtica la hipotética forma aramea».

John P. MEIER, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico*. II/1. *Juan y Jesús. El reino de Dios*. Estella, Verbo Divino, 1999, pp. 356-359.

# Estructura y comentario del Padrenuestro en Mateo

El Padrenuestro está compuesto por tres partes:

1) Una invocación al Padre:

Padre nuestro (que estás) en los cielos

2) Una primera serie de tres peticiones:

santificado sea tu Nombre,

venga tu reino,

hágase tu voluntad

como en el cielo (así) también en (la) tierra.

3) Una segunda serie de tres peticiones:

Nuestro pan de cada día

danos(lo) hoy.

Y perdónanos nuestras deudas

como también nosotros *hemos perdonado*  
a nuestros *deudores*.

Y no nos lleves a (la) tentación,

sino líbranos del Maligno.

Las tres primeras peticiones tienen como puntos comunes estar formuladas en voz pasiva, en modo imperativo y en 3ª persona del singular. Acaban con la expresión «como en el cielo (así) también en (la) tierra», que vale para las tres peticiones; la palabra «cielo» recoge un término de la invocación («cielos»). Con relación al contenido, las peticiones tienen al «tú» como objeto (tu Nombre... tu reino... tu voluntad) y pueden ser calificadas de escatológicas.

Las tres peticiones siguientes tienen como puntos comunes estar formuladas en la voz activa, en modo imperativo y en la 2ª persona del singular. La segunda petición de esta serie se completa con una proposición subordinada introducida con «como», cuyo verbo «no-

sotros hemos perdonado» está en indicativo (es el caso en el Padrenuestro). La última petición («sino líbranos del Maligno») puede ser contada, bien como la cuarta de esta segunda serie, y por tanto como la séptima del texto, bien como la segunda parte de la petición precedente. En favor de esta última opción se puede poner de relieve la conjunción «sino» que la introduce. En este caso, la expresión es considerada como el aspecto positivo de la petición que versa sobre la tentación. Por último, en relación con el contenido, las peticiones tienen al «nosotros» como objeto (danos... perdónanos... no nos lleves... sino líbranos...) y versan sobre el modo de vivir como discípulos.

Invocación y seis (dos veces tres) peticiones: siete elementos componen, pues, el Padrenuestro mateano.

---

## La invocación

---

**Padre nuestro (que estás) en los cielos.** Mientras que la designación de Dios como Padre es poco frecuente en el Antiguo Testamento, la invocación de Dios como Padre es corriente en las oraciones judías del siglo I (cf. pp. 20-21). Decir de Dios que es Padre es evocar su ternura y su bondad: «Hace salir el sol sobre buenos y malos» (Mt 5,45), y los discípulos son invitados a imitar su perfección (Mt 5,48). Él sabe de qué tiene necesidad cada cual (Mt 6,32) y ve «en lo secreto» (6,4.6.18): es expresar su proximidad. Este Padre absolutamente cercano está al mismo tiempo «en los cielos»: significa expresar su trascendencia. El «Padre celestial» o el «Padre (que está) en los cielos»:



Mateo utiliza gustosamente estas fórmulas, de la misma manera que habla frecuentemente del «reino de los cielos». Pero, bajo la forma de una invocación, el término «Padre» puesto en labios de Jesús adquiere un relieve particular, puesto que detrás de la palabra griega se reconoce el término arameo *Abbá*. Los evangelios no mencionan más que una vez esta invocación, durante la escena de Getsemaní (Mc 14,36). Resulta notable, porque los judíos jamás dirigen esta palabra a Dios: sólo es utilizada en el marco de las relaciones familiares. En cuanto a Jesús, se sirve de ella para invocar a su Padre: con ello expresa la relación única que mantiene con él. Ésa es la razón por la que precisa con frecuencia: «Mi Padre» (Mt 11,27; 26,53).

**«Vosotros, por tanto, cuando oréis, decid: “Padre nuestro...”»** La invocación a Dios como Padre no aparece más que en algunos textos tardíos del Antiguo Testamento (Ecl 23,1; Sab 2,16). En algunos otros pocos pasajes, igualmente tardíos, se afirma que Dios es «nuestro padre» (Is 63,16; 64,7; Tob 13,4), pero nunca, ni siquiera en los Salmos, se le invoca diciendo: «Padre nuestro»<sup>1</sup>. En el primer evangelio, la invocación es de entrada comunitaria y, por consiguiente, eclesial. Dirigirse a Dios como a un Padre es reconocer como hermanos a todos los que lo invocan también como Padre.

Hay que fijarse en la oposición perfectamente marcada entre la invitación a la oración («Vosotros, por tanto... decid») y la propia invocación («Padre nuestro...»): Jesús no se suma a aquellos que son invitados a decir la oración que enseña. No es que Dios no sea su Padre, sino que es un Hi-

---

1. La invocación a Dios bajo la forma «Padre mío» sólo se encuentra en dos pasajes del Antiguo Testamento: Jr 3,19 y Sal 89,27. Hay que observar, sin embargo, que en ambos casos es Dios quien habla en nombre del pueblo. Por otra parte, en los dos casos igualmente, los Setenta han traducido, bien «Padre» (Jr 3,19), bien «Tú eres mi Padre» (Sal 88,27).

jo con un rango particular. Por otra parte, tanto en Mt como en los otros evangelios, Jesús hace de este punto de vista una clara distinción entre él mismo, que llama a Dios «Padre mío» (Mt 15,13), y los discípulos, a los que, a propósito de Dios, habla de «vuestro Padre» (Mt 5,45.48; 6,32; cf. Jn 20,17). Esto significa que el Padrenuestro es la oración de los discípulos y no la de Jesús. No estamos de acuerdo con la tesis de M. Philonenko, para quien el Padrenuestro es la combinación de dos oraciones distintas: la primera, que corresponde a las tres primeras peticiones, sería la oración de Jesús, mientras que las tres últimas constituirían la oración que Jesús enseñó a sus discípulos.

La invocación del Padrenuestro vale para el conjunto de la oración y rige, pues, cada una de las peticiones.

---

## Las tres primeras peticiones

---

Antes incluso de examinar estas tres primeras peticiones conforme a la particularidad que caracteriza cada una de ellas, hay que subrayar el siguiente extremo: tienen a Dios como objeto. Esto significa que los discípulos tienen que preocuparse primero por el «reino de Dios» y por «su justicia»; «lo demás se les dará por añadidura» (Mt 6,33) y será el objeto de la segunda serie de peticiones. Rezar el Padrenuestro equivale, pues, a conceder el primer lugar a Dios y a su reino.

**Santificado sea tu Nombre.** En el Antiguo Testamento, el nombre es la persona. Por tanto, no podemos invocar equivocadamente el Nombre de Dios (Ex 20,7), porque él es santo (Is 57,15). La santidad de Dios está en el centro del mensaje bíblico: «Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos» (Is 6,3). Esta santidad de Dios se comunica: «Seréis santos porque yo soy santo» (Lv 11,45). Sin embargo, Dios es el único Santo, hasta tal punto de que «su nombre

es santo» (cf. Lc 1,49). A Israel le corresponde, pues, «santificar» el Nombre de Dios: el pueblo «santificará mi Nombre, santificará al Santo de Israel» (Is 29,23). Sin embargo, sólo Dios puede santificar verdaderamente su propio Nombre, nadie puede hacerlo santo. «Santificaré mi gran Nombre que ha sido profanado entre las naciones, en medio de las cuales lo habéis profanado. Y las naciones sabrán que yo soy Yahvé –oráculo del Señor Dios– cuando me santifique por medio vuestro ante sus ojos» (Ez 36,23-24).

Según este último texto, sólo Dios puede santificarse a sí mismo, es decir, según el sentido más obvio, manifestar su santidad y hacer que se reconozca por todas las naciones paganas. Ahora bien, en Ez 20,41 (cf. Is 29,23), Dios dice: «Seré santificado por vosotros en medio de las naciones». Así pues, ¿qué significa la primera petición del Padrenuestro? ¿Que a los discípulos les corresponde santificar el Nombre de Dios o que Dios mismo debe santificar su propio Nombre? Para responder a esta pregunta hagamos tres observaciones. Las dos primeras son de orden gramatical y relativas al verbo «santificar». Se utiliza en pasivo, sin que se exprese el complemento agente. Se admite de forma natural en los casos similares que esta forma de hacer permite designar la acción de Dios sin nombrarlo; es el procedimiento de la «pasiva divina». La segunda observación tiene que ver sobre el modo y el tiempo: el verbo está en imperativo aoristo, y por tanto designa una acción puntual. La tercera versa sobre la relación entre esta primera petición y la que le sigue, relativa a la venida del reino, cuyo Señor sólo puede ser Dios: por analogía podemos decir que sólo Dios puede ser el sujeto de su propia santificación y que su manifestación plena a las naciones (su «santificación») no aparecerá más que al final de los tiempos, cuando haga que llegue su Reino.

«Hazte reconocer como Dios» tradujo primeramente la TOB. Después: «Haz que todos conozcan quién eres».

Aunque estas dos traducciones de Mt 6,9b están literalmente alejadas del texto, sin embargo son fieles al espíritu de la petición, que hay que calificar de escatológica. Reconocer que sólo Dios puede santificar su Nombre significa manifestar quién es, no es incitar a los discípulos a permanecer pasivos; es invitarlos a reconocer la iniciativa gratuita y absoluta de Dios en el don que hace de sí mismo. Sólo Dios puede decir quién es y revelar su misterio, que no se desvelará plenamente más que al final de los tiempos.

**Venga tu reino.** El anuncio de la proximidad del reino de Dios –la palabra griega *basileia* se traduce tanto por reino como por reinado– está en el centro de la predicación de Jesús (Mt 4,17.23). Éste enseña ahora a sus discípulos a pedir al Padre que haga llegar ese Reino: «Haz venir tu Reino», traduce la TOB. Igual que la precedente, esta petición está en voz pasiva (en español sonaría algo así como: «Que tu reino sea llegado») y en imperativo aoristo, lo que le proporciona un acento claramente escatológico. En apoyo de esta opción se puede hacer valer también que es la única vez que en Mateo se aplica el verbo «venir» al reino; en Mc 9,1; 11,10, este mismo verbo en relación con el reino tiene un sentido escatológico. Pero, en estas condiciones, ¿cómo puede afirmar Mateo a la vez que «el reino de Dios ha llegado» (cf. Mt 4,17) y pedir a los discípulos que recen para que venga? La contradicción sólo es aparente: el reino de Dios ha llegado con Jesús, que ha ofrecido signos de su cercanía. Así pues, él mismo invita a los discípulos a que recen al Padre para hacer que llegue definitivamente ese reino. La llegada del reino se corresponderá con el acontecimiento del Hijo del hombre. Ése es también el sentido de la oración: «¡Marana tha!» (1 Cor 16,22; Ap 22,20). Estando el anuncio del reino de Dios en el centro del mensaje de Jesús y siendo la espera de su regreso el objeto de la esperanza de los discípulos, se pue-

de decir que la petición de la llegada del reino está en el corazón de la oración cristiana. Además es la petición central de la primera parte del Padrenuestro.

**Hágase tu voluntad.** Igual que los dos verbos que lo preceden, éste que se utiliza aquí está en imperativo aoristo (*genethetô*). Ahora bien, este verbo *ginomai* es relativamente poco empleado en esta forma en Mateo: cinco veces en total (8,13; 9,29; 15,28; 26,42). En todos los casos remite a una acción puntual. «Mujer, qué grande es tu fe. Que te suceda como quieres», le dice Jesús a la cananea (15,28). Este ejemplo resulta muy instructivo, porque, igual que en la tercera petición del Padrenuestro, el verbo está puesto en relación con la voluntad: lo que quiere la mujer, en este caso la curación de su hija, llega de manera repentina y puntual. Así pues, ¿cuál es el sentido de la palabra «voluntad» en la petición: «Hágase tu voluntad»? El término aparece cinco veces en el primer evangelio, siempre para expresar la voluntad del Padre (7,21; 12,50; 18,14; 21,31; 26,42; cf. 21,31). «No basta con decirme: “Señor, Señor”, para entrar en el reino de los cielos; hay que hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (7,21). Aunque este *logion* expresa de forma negativa la voluntad de Dios, no resulta menos interesante desde nuestra perspectiva, puesto que establece una relación entre la voluntad del Padre y el reino de los cielos: los que hayan hecho la voluntad del Padre son los que entrarán en el reino (*basileia*) de los cielos. A partir de ahí se crea una relación entre la segunda petición («Venga tu reino [*basileia*]) y la tercera («Hágase tu voluntad»): la realización de la voluntad de Dios será cumplida perfectamente el día de la llegada del reino, es decir, en la manifestación de Cristo. Al decir esto, los hombres tienen asegurado «hacer la voluntad» de Dios, como a Mateo le gusta repetir (Mt 5,17-20; 6,33; 7,21.24-27; 21,30...).

Pero esta perfecta coincidencia entre el cumplimiento de la voluntad de Dios y su realización perfecta por la humanidad no llegará más que el último día.

De esta manera, la voluntad de Dios es hacer que llegue su reino y que no se confunda con reducirla a una decisión arbitraria, a la que habría que someterse con fatalismo, conforme a una mala interpretación de la oración de Jesús en Getsemaní: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, que se haga tu voluntad» (Mt 26,42). A veces se ha utilizado este último texto para demostrar que, al ser la fórmula exactamente la misma en ambos casos, en consecuencia no podía tener un sentido escatológico en la tercera petición del Padrenuestro. Pero esto supone olvidar que el episodio de Getsemaní tiene como perspectiva la «hora» de Jesús, que no es otra que la hora decisiva de la pasión, la hora última, la que abre los últimos tiempos. Así pues, en ambos casos estamos ante una perspectiva escatológica.

**Como en el cielo (así) también en (la) tierra.** Según una interpretación sugerida por Orígenes (*Sobre la oración* 26,2, cf. n. 63), esta expresión no concierne solamente a la tercera petición, sino al conjunto de las tres. Esta hipótesis merece ser tomada en consideración, habida cuenta de que, como ya hemos sugerido, las tres primeras peticiones constituyen una única oración: se pide a Dios que haga llegar su reino. En apoyo de esta hipótesis se puede hacer valer que, contrariamente a las tres últimas peticiones, que están ligadas por la conjunción «y» (*kai*), las tres primeras están simplemente yuxtapuestas: expresan de tres maneras diferentes una única oración.

¿Qué significa desde esta perspectiva: «Como en el cielo (así) también en (la) tierra»? En la Biblia, la expresión cielo/tierra designa la totalidad (cf. Gn 1,1; Mt 16,19). El cielo representa simbólicamente el lugar en que la volun-

tad de Dios se cumple plenamente, el lugar en el cual reina de forma exclusiva y donde es plenamente reconocido como Padre. Así pues, pedimos al Padre que la tierra sea, a imagen del cielo, el lugar de la soberanía de Dios. Desde esta perspectiva, también esta expresión ha de ser comprendida evidentemente en el marco escatológico de las tres primeras peticiones: sólo será en el día de la manifestación plena de Dios cuando la tierra será «como el cielo».

«Padre nuestro (que estás) en los cielos, como en el cielo (así) también en (la) tierra». Éste podría ser el resumen de la primera parte del Padrenuestro: Padre nuestro, haz la tierra como el cielo. Este deseo no se realizará más que el día en que Dios sea todo en todos.

---

### Las tres últimas peticiones

---

Las tres primeras peticiones tenían como objeto la llegada del reino de Dios al final de los tiempos. Pero los discípulos están ahora sometidos al arbitrio de una existencia precaria y enfrentados a dificultades que pueden ser obstáculos para una vida cristiana auténtica. Así pues, ahora vienen tres peticiones que afectan a su existencia concreta: el pan, el perdón, la tentación. Antes de abordar cada una de estas peticiones, hay que subrayar que, igual que las tres precedentes, son la oración de una comunidad. No se pide el pan para uno mismo, sino que son los creyentes, hijos de un mismo Padre, los que se dirigen a él en una oración que les constituye en hermanos.

**Nuestro pan de cada día danos(lo) hoy.** Hemos señalado más arriba las diferencias entre Mateo y Lucas a propósito de esta petición. Mateo emplea un imperativo aoristo que marca la puntualidad y que está de acuerdo con la precisión que ofrece a continuación: «hoy»; Lucas

utiliza un imperativo presente que marca la continuidad, de ahí la precisión propia suya: «Continúa dándonoslo cada día».

Subrayemos de entrada que el pan es un don de Dios. Ciertamente es elaborado y producido por los hombres y mujeres que siembran, cosechan, muelen el grano, pero no son ellos los que hacen crecer el grano. A lo más pueden mejorar el rendimiento, pero el trigo que está en la base del pan es un don de Dios. Pedir al Padre que dé el pan es reconocer que es Dios el que continúa cada día la creación comenzada en los primeros días del Génesis. Es él el que «da el alimento a los que tienen hambre» (Sal 146,7).

Esta petición exige abordar la difícil cuestión del sentido del adjetivo *epiousios*, que califica al pan y que hemos traducido «de cada día», lo que evidentemente constituye una opción entre las que se ofrecen y que debemos justificar, aunque sea brevemente.

Si este adjetivo es difícil de traducir es porque no se encuentra en ninguna otra parte en el Nuevo Testamento, ni en la Biblia griega, ni siquiera en la literatura extracristiana (únicamente en un papiro del Alto Egipto). De modo que hay que recurrir a la etimología.

Se puede hacer derivar el adjetivo del verbo *epi-ienai*, que significa «venir hacia, ir en pos de», con una connotación temporal (se sobreentiende el término *hemera*, «día»). En este caso se trata, bien del pan del futuro, del pan del mañana, bien del pan para el día que nace, el de hoy.

De esta manera se puede hacer derivar *epiousios* del verbo *epi-einai*. En este caso, este pan es, bien *epi ten ousian (hemeran)*: «el pan del día que es», siendo entonces el adjetivo *epiousios* una contracción de esta expresión, bien

simplemente *epi ten ousian*: «el pan para la existencia, necesario, esencial» (la Vulgata latina tradujo *supersubstantialis*).

Parece que haya que eliminar aquí el sentido de «para mañana», porque semejante petición concordaría mal con el resto del Sermón de la montaña: «No os preocupéis por el mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. A cada día le basta su afán» (Mt 6,34).

Aunque la etimología pueda arrojar luz, no es determinante para definir el sentido del adjetivo *epiousios*. En efecto, el pan del que aquí se trata también puede ser susceptible de recibir varias interpretaciones. Según la manera en que se entienda este pan, se da a *epiousios* el significado que concuerda con el sentido que se da al pan.

¿Se trata del pan ordinario o del pan escatológico, el del banquete del reino? ¿Designa el pan aquí la eucaristía (cf. Mt 14,17-19) o alguna realidad de orden espiritual? Todas estas hipótesis han sido defendidas y son dignas de atención.

Por nuestra parte, quisiéramos interpretar el pan del que aquí se trata a la luz de un *logion* del Sermón de la montaña que ya hemos citado: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6,33). Si las tres primeras peticiones del Padrenuestro tienen al «reino de los cielos» como objeto, las tres siguientes, y especialmente la primera de ellas, tienen como objeto lo demás, por tanto de aquello de lo que a pesar de todo hay que preocuparse. Al pedir al Padre, que es el que da lo necesario, los discípulos lo confiesan como el Padre que se preocupa por todas sus necesidades, incluidas las más pequeñas. No es que los discípulos no tengan que trabajar, sino que la acción humana presupone el don de Dios.

**Y perdónanos nuestras deudas como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores.** Tanto en Mateo como en Lucas, el verbo *affiemi* está en imperativo aoristo y, por tanto, marca la puntualidad. Puesto que se trata de deudas, aquí significa «perdonar» o «anular», como en Mt 18,27. En el marco del Padrenuestro, las deudas no pueden ser más que los pecados (como Lucas indica explícitamente), y por tanto el verbo significa «perdonar», como a menudo en Mateo (6,14; 9,2, etc.). En resumen, la relación entre deudas y pecados es una constante en el Antiguo Testamento.

Sobre todo es el segundo miembro de la frase el que plantea problema. ¿Cómo hay que entender la expresión «como también nosotros hemos perdonado...»? La conjunción «como» sobre todo es susceptible de varias interpretaciones, que no necesariamente se excluyen.

Comencemos, sin embargo, por rechazar lo que nos parece una mala comprensión de esta quinta petición del Padrenuestro. No pedimos al Padre que nos perdone nuestras deudas de la misma manera que nosotros las hemos perdonado. La conjunción «como» no tiene aquí una especie de valor imitativo, como si el Padre debiera modelarse sobre nuestras propias actitudes para conceder su perdón. Esta interpretación iría en contra de toda la enseñanza del Sermón de la montaña, una de cuyas palabras importantes es ésta: «Vosotros sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Por tanto, se trata de no invertir el orden de las cosas: son los discípulos los que son invitados a imitar al Padre.

Sin embargo hay una relación entre el perdón de los pecados por los discípulos y el perdón que Dios les concede. Testigo de ello es el comentario del objeto de esta petición, una vez concluida la oración: «En efecto, si vosotros perdonáis a los hombres sus faltas, vuestro Padre celest-

tial os perdonará también a vosotros; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras faltas» (Mt 6,14-15; cf. 18,35).

¿Cómo concordar estas dos interpretaciones a primera vista contradictorias? Evidentemente hay que asegurar que el perdón de Dios no está condicionado por el nuestro, en la medida en que su perdón es siempre primero y en que nuestros propios perdones no son más que a imitación de su misericordia. No obstante, hay que resituarse en la quinta petición del Padrenuestro en su marco, que es el de una oración: la verdad de nuestra oración depende de nuestra rectitud de intención. En estas condiciones, ¿cómo podríamos pedir a Dios que nos perdonara nuestros pecados si a su vez nosotros no perdonáramos a los que nos han ofendido? Ya hemos observado que el verbo está en pasado: «Como también nosotros hemos perdonado...». El perdón que nosotros ya hemos concedido atestigua la autenticidad de nuestra petición de ser nosotros mismos perdonados.

Al cruzar relación con Dios y relación con los otros en el aspecto del perdón, la quinta petición del Padrenuestro manifiesta la estrecha relación que existe entre perdón divino y perdón humano.

**Y no nos llesves a (la) tentación, sino líbranos del Maligno.** ¿Qué es la tentación de la que aquí se trata? Más exactamente, ¿cómo hay que entender la palabra griega *peirasmós*? ¿Tentación o prueba? El término tiene a veces un sentido escatológico: en este caso haría alusión a la gran prueba que precederá a la llegada del reino, durante la cual habrá que hacer una opción radical a favor o en contra de Dios (así, J. Jeremias, *Paroles de Jésus*, p. 77). No se puede excluir completamente esta interpretación, en la medida en que Jesús pronuncia unas pala-

bras muy similares en el episodio de Getsemaní: «Velad y orad para no caer [lit. entrar] en tentación». Aunque la perspectiva es entonces escatológica, puesto que es la «hora» de Jesús (Mt 26,46), hay que observar no obstante que es a los discípulos a los que Jesús da esa consigna: tienen que rezar para que ellos mismos no caigan en tentación.

Hay que observar además que en ambos casos hay ausencia de artículo ante la palabra *peirasmós*, lo que muestra que la tentación hay que entenderla como una prueba habitual más que como la prueba por excelencia. Por otra parte, el lugar de esta petición en el Padrenuestro, siguiendo a las dos peticiones a propósito del don del pan y del perdón de las deudas, invita a entenderla como aludiendo a una tentación cotidiana, sin duda la que está ligada al riesgo de defección, que nos amenaza cada día y, por tanto, a la prueba en la fe. Durante el Éxodo y a través de numerosos acontecimientos de su marcha por el desierto, el pueblo hebreo había estado tentado numerosas veces de olvidar al Dios que lo había hecho salir de Egipto. Así, en medio de las pruebas que tienen que atravesar, los discípulos pueden estar tentados de olvidar quién es al que pueden llamar «Padre nuestro». Sin dar a la palabra «tentación» un sentido exclusivamente escatológico, podemos comprenderla no obstante como el peligro que amenaza a los discípulos en su fe. En este caso, la tentación remite indirectamente a la gran prueba, la de la decisión en favor o en contra de Dios: toda tentación, cualquiera que sea su contenido, obliga también indirectamente a tomar postura con relación a Dios.

Algunas traducciones actuales (como la litúrgica francesa) enuncian así esta petición: «No nos sometamos a tentación». La fórmula choca a más de uno, puesto que permite sospechar que es Dios quien está en el origen de la tentación. Además, puede dar a entender que pedimos a

Dios escapar de la tentación. Traducida así, la petición causa mal en cualquier caso con lo que se puede leer en la carta de Santiago: «Que nadie, cuando sea tentado, diga: "Mi tentación viene de Dios". Porque Dios no puede estar tentado de hacer el mal ni tienta a nadie» (Sant 1,13). El número de traducciones propuestas muestra la dificultad de interpretar correctamente esta petición. Tratemos de trazar al menos un sendero en la diversidad de interpretaciones.

El verbo *eisferô* significa literalmente «llevar a», de ahí «introducir». Por tanto, pedimos al Padre que no nos conduzca a (la) tentación. El término es ligeramente diferente en la escena de Getsemaní: «Orad para no entrar en tentación» (Mt 26,41; expresión semejante en Mc 14,38; Lc 22,40.46), pero el cambio de verbo no afecta al sentido de la frase. En ambos casos, la tentación es presentada simbólicamente como un lugar en el que penetramos.

Para entender bien el origen de esta petición, hay que suponer detrás de la fórmula griega actual un original semítico (hebreo o arameo, la cuestión es secundaria en este caso preciso). El original semítico debía de utilizar un verbo en forma causativa: «hacer entrar en», «hacer introducir», que el griego tradujo por «llevar a», «conducir». Ocurre que, en hebreo o arameo, cuando se utiliza la forma causativa con una negación, ésta va unida, según el contexto, bien al verbo causativo «hacer», bien al verbo principal. A partir de esta retroversión semítica son posibles dos opciones: «No hagas de modo que entremos en tentación» o «Haz que no entremos en tentación». En el primer caso, Dios es la causa de la tentación y nosotros le pedimos que no nos tiente. En el segundo, nosotros somos responsables frente a la tentación y pedimos a Dios no dejarnos dominar por ella. ¿Qué opción escoger? La traducción griega remite a la primera op-

ción, mientras que la coherencia teológica invita a optar por la segunda. ¿Cómo salir de este callejón sin salida? La cuestión es tanto más pertinente cuanto que el Padrenuestro está narrado en griego, y en consecuencia es el texto griego el que se trata de traducir e interpretar. Apelar a un original semítico permite explicar el giro gramatical, pero no permite captar de la forma más precisa el sentido de la fórmula, tal como es enunciada en su contexto actual.

Cuando el Padrenuestro se tradujo al griego, la dificultad no escapó a las primeras generaciones cristianas, puesto que la petición, tal como la transmite Mateo, es completada con un segundo miembro de la frase introducido por «sino» (*alla*). «Sino líbranos del Maligno» es así la vertiente positiva de la petición expresada negativamente «y no nos llesves a (la) tentación». Por tanto es a la luz de la segunda parte de la frase como hay que entender la primera.

Antes de examinar este punto aún hay que señalar una dificultad previa. La palabra griega *ponerou* es un genitivo masculino o neutro. Por tanto podemos traducir «sino líbranos del Maligno» o «líbranos del mal [lit. de lo malo]». Resulta extraordinariamente difícil elegir entre las dos opciones en el único marco de la oración del Padrenuestro. En el contexto de Mateo, según parece, es mejor optar por un masculino<sup>2</sup>. Así es como en la parábola del sembrador y la de la cizaña «el Maligno» es identificado con el «diablo» (13,19.39). Es sobre todo el relato de las tentaciones de Jesús el que nos pone sobre la pista (Mt 4,1-11), tanto por el sentido de *ponerós* como por la interpretación de la propia petición.

---

2. Con una palabra en neutro se esperaría la preposición *ek* más que *apo*, así como una especificación suplementaria: «de todo mal».

El término *ponerós* no se utiliza, sino que vemos a Jesús enfrentado al «tentador» (4,3), también llamado «diablo» (4,5.8.11) y «Satanás» (4,10). Cuando el diablo tienta a Jesús, es para separarlo de la voluntad del Padre. Pedir a Dios que nos «libre» del Maligno o del Malvado es pedirle que nos ayude a resistir las seducciones del mal o que nos ayude a no sucumbir a la tentación. Dios es fundamentalmente un Dios que «libra» de todas las esclavitudes: en esta experiencia es en la que se arraiga la historia del pueblo elegido (Ex 12,27; 14,30; cf. Ex 6,6).

**«No nos sometamos a la tentación»:** la traducción litúrgica francesa no es aceptable más que si se entiende el verbo «someter» en sentido etimológico: «No nos lleves bajo la tentación», en el sentido de «Haz que la tentación no sea más fuerte que nosotros». Evidentemente no pedimos a Dios que nos haga escapar de la tentación: el propio Jesús fue tentado. Desde este punto de vista, el relato de las tentaciones es una especie de paradigma, puesto que Jesús será tentado a lo largo de su vida, incluido el momento de la pasión, en Getsemaní (Mt 26,36-46), pero también en la cruz: «Sálvate a ti mismo, si eres el Hijo de Dios» (Mt 27,40). Salvarse a sí mismo alterando y falseando su filiación divina: ésta es para Jesús la primera y la última tentación. Comportarnos «como dioses» y no como hijos: ésta es nuestra tentación permanente. Invocar a Dios como «Padre nuestro» es sin duda una de las mejores maneras de no sucumbir a la tentación. Por lo demás, con esta petición es como acaba la oración.

\*  
\* \*

En los primeros siglos de la Iglesia, el Padrenuestro no se enseñaba a los catecúmenos porque se consideraba como la oración cristiana por excelencia. Aunque hoy es

ampliamente conocido y rezado –y tenemos que alegrarnos de ello–, no menos debe exigir una continua reapropiación por nuestra parte. No para que nos sintamos señores suyos, puesto que somos los discípulos de aquel que lo enseñó, sino porque, según las palabras de Joseph Caillot, «el nombre del Padre es un acontecimiento que hay que acoger, no una teoría que haya que dominar. Nos llega en la fe, y para descubrirlo, o redescubrirlo, cada cual debe aceptar entregarse al camino, sin saber anticipadamente hasta dónde nos llevará. Nadie puede ahorrarse la caminata» (*Croire en Dieu notre Père*, p. 9).

Enseñado por Cristo, el Padrenuestro nos permite –al dirigirnos al Padre– saber mejor qué Padre es. Pero también nos dice algo sobre el hombre según Dios: es aquel para quien el Nombre del Padre es lo primero, el que desea ardientemente la llegada del reino, el que, en esa esperanza, pide lo esencial para hoy: el don del pan, el perdón de los pecados, la fuerza en la tentación. Con ello, como el conjunto del Sermón de la montaña en el que está inserto, el Padrenuestro es una oración que reúne la totalidad de la vida humana y, por tanto, cristiana. En efecto, cuando pedimos al Padre nuestro pan de cada día, abarcamos todo el campo de la vida humana. Cuando le pedimos que nos perdone, como también nosotros nos perdonamos, abarcamos todo el campo de la vida cristiana, cuyo signo característico es precisamente el perdón (cf. Mt 18,21-22). Y cuando le pedimos no sucumbir a la tentación, apuntamos la misma posibilidad de la vida cristiana, puesto que dejarse atrapar por la tentación equivale a sucumbir en la fe.

Jesús llama a su Padre: *Abbá*, Padre. Mediante su Espíritu, nos da la posibilidad de convertirnos a su vez en hijos: «Hijos, porque lo sois: Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: *Abbá*, Padre» (Gál 4,6).



## La Didajé y la doxología del Padrenuestro

El texto griego más antiguo del Padrenuestro es, junto con el de los evangelios, el que transmite la *Didajé* o *Doctrina de los doce apóstoles*. Este manual catequético, litúrgico y disciplinar, que se dirige probablemente a co-

munidades rurales de paganos convertidos en Siria occidental, se remonta en su conjunto al siglo I de nuestra era. El texto del Padrenuestro que contiene es, en su conjunto, muy próximo al texto recibido de Mateo.

### 2 *Didajé* 8,1-3

No recéis como los hipócritas, sino como el Señor os lo mandó en su evangelio, rezad de esta manera:

Padre nuestro (que estás) *en el cielo*,  
santificado sea tu Nombre,  
venga tu reino,  
hágase tu voluntad  
como en el cielo (así) también en (la) tierra.  
Nuestro pan de cada día, dános(lo) hoy.  
Y perdónanos *nuestra deuda*  
como también nosotros *perdonamos* a nuestros deudores.  
Y no nos llesves a (la) tentación,  
sino líbranos del Maligno.  
*Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.*  
Rezad de esta manera tres veces al día.

Ponemos en cursiva lo que difiere del texto de Mateo. Encontramos así tres variantes menores, con los singulares «en el cielo» y «nuestra deuda», y el verbo en presente «perdonamos». El único elemento importante es la presencia, al final de la oración, de una doxología con dos términos: «Porque tuyo es el poder y la gloria por los

siglos». Una doxología como ésta se encuentra igualmente en varios manuscritos del texto de Mateo, pero precedida de un tercer término («porque tuyo es el reino, el poder y la gloria...»). Desde el Vaticano II, el texto litúrgico ha adoptado la lectura variante de estos manuscritos.